

Clarín y *El gallo de Sócrates**

Engracia Domingo García, *in memoriam*

En aquella cárcel de Atenas, tumbado en el lecho, con el rostro cubierto por un velo, esperaba Sócrates, tranquilo y callado, los efectos últimos de la fatal cicuta. Atrás quedaban las injustas acusaciones de no creer en los dioses de la ciudad y de corromper a la juventud, atrás la estéril defensa, atrás la capital condena, atrás la inútil insistencia del rico Critón en presentar, primero, una garantía a los jueces, luego en comprar a los carceleros: su dinero hubiera podido con todo; no comprendía que su maestro entregara la vida por no traicionarla. Pero las leyes, había dicho el filósofo, eran las leyes y había que cumplirlas siempre, y no destruirlas, para bien o para mal; incluso, para propio mal. Por eso yacía Sócrates en el lecho de aquella cárcel de Atenas, sintiendo que la muerte, empezando por los pies, le trepaba por el cuerpo en busca de su ser. Mas antes que se hubiera apoderado ya de todo él, descubrió su faz y pronunció las últimas palabras: «Oh, Critón, debemos un gallo a Esculapio; pagadlo y no os olvidéis».

* Texto presentado en las VI *Jornadas de Filología Clásica (Engracia Domingo García in memoriam)*, organizadas en Oviedo del 8 al 10 de abril de 1997 por la Delegación de Asturias de la SEEC y el Departamento de Filología Clásica y Románica de la Universidad de Oviedo.

1. El gallo de Sócrates

Estas últimas y enigmáticas palabras de Sócrates son el punto de partida de un breve cuento de L. Alas «Clarín» al que la crítica ha prestado muy escasa y, a mi entender, poco afortunada atención.

El autor del cuento nos presenta a Critón saliendo apresuradamente de la cárcel en que acaba de morir Sócrates y en la que deja el cadáver tras haberle cerrado la boca y los ojos. Su prisa se debe a que desea cumplir cuanto antes el encargo que el maestro le ha hecho, «tal vez burla burlando —dice «Clarín»—, pero que él tomaba al pie de la letra en la duda de si era serio o no era serio Sócrates...».

Así determinado, cavilando para convencerse de que el encargo «no contradecía el sistema ni la conducta del maestro», ve Critón un gallo que huye de un huerto: «se le había metido en la cabeza... que el gallo aquel, y no otro, era el que Esculapio, o sea, Asclepios, quería que se le sacrificase».

Pero el gallo, que reconoce a Critón por haberlo visto filosofar tantas veces con su amo, el afamado y «parlanchín» sofista Gorgias, no está dispuesto a ello y, en cuanto nota que es perseguido, empieza a correr batiendo las alas.

A punto de ser atrapado, el gallo da un salto supremo y acierta a subirse «encima de la cabeza de una estatua que representaba nada menos que Atenea». Al verlo, Critón, cual inquisidor intentando acallar «los gritos de su honrada conciencia natural que le decía: no robes ese gallo» pensó: «Ahora sí que, por el sacrilegio, mereces la muerte. Serás mío, irás al sacrificio».

Mas pese a los intentos de atraparlo, todo resulta inútil: es demasiada la altura que lo separa del gallo. Y éste, dándose cuenta de ello, comienza sus reproches a Critón «en griego digno del mismo Gorgias»: lo acusa de ser «filósofo idealista, de imitación»; de ser «la sombra de un muerto» y «destino de

los discípulos que sobreviven a sus maestros»; de quedar «acá, a la manera de larvas, para asustar a la gente menuda»...

Critón invoca a la naturaleza, que, en nombre de la Idea del género del gallo, le manda callar. Pero el gallo replica: «Yo hablo, y tú cacareas la Idea. Oye, hablo sin permiso de la idea de mi género y por habilidad de mi individuo...».

Critón, siempre lacónico, reprocha entonces al gallo el abandono de su amo. Y el gallo, cada vez más disertado, filosofa: «...No se puede vivir junto a semejante hombre. Todo lo prueba; y eso aturde, cansa. El que demuestra toda la vida, la deja hueca. Saber el porqué de todo es quedarse con la geometría de las cosas y sin la sustancia de nada...»; etc.

Critón insiste en que el gallo debe morir «por sacrilego, por sofista y porque Zeus lo quiere». El gallo pregunta entonces el porqué de tal crueldad y Critón alude al encargo de Sócrates añadiendo que es una «acción de gracias porque le daba la salud verdadera, librándole por la muerte, de todos los males». Pero el gallo sospecha:

- ¿Dijo Sócrates todo eso?
- No; dijo que debíamos un gallo a Esculapio.
- De modo que lo demás te lo figuras tú.
- ¿Y qué otro sentido pueden tener esas palabras?

Entonces el gallo vuelve a disertar intentando persuadir a Critón de que es una ofensa a Sócrates matarle a él para contentar a un dios en que Sócrates no creía, además de un insulto a los dioses verdaderos. Pero Critón está obcecado: «Pues Sócrates y Zeus quieren tu sacrificio», dice. El gallo se defiende: «Repara que Sócrates habló con ironía, con la ironía serena y sin hiel del genio». Y filosofa más sobre el sentido de la frase. Pero Critón está ciego: «Gallo de Gorgias, calla y muere». El gallo desespera y arremete: «Discípulos del genio, testigos sordos y ciegos del sublime soliloquio de una conciencia superior; (...) Hacéis del muerto una momia para tener un ídolo.

Petrificáis la idea...». Mas para Critón la suerte está echada: «Yo a las palabras me atengo. Date...». Y de una pedrada en la cresta derriba al gallo, que, al caer, pronuncia sus últimas palabras: «¡Quiquiriquí! Cúmplase el destino; hágase en mí según la voluntad de los imbéciles!».

Éste es, en sustancia, el cuento de «Clarín». De lo poco que de él se ha dicho, puede significarse que para A. Aramburo y Machado es la «cristalización diamantina de la filosofía religiosa de *Clarín*»¹, en tanto que «El propósito de *Clarín* es condenar el exceso de celo con que los discípulos de los grandes reformadores, filósofos y moralistas, impurifican muchas veces la doctrina originaria, propagándola a sangre y fuego, convirtiendo la bella identidad del fundador en sistema de opresión, sembrando por el mundo el miedo, el espanto y la tristeza»²; por su parte, K. Reiss³ lo considera clasificable entre los de carácter irónico, aunque no nos diga por qué; Y. Lissorgues opina que el cuento expresa «ideas esenciales del pensamiento de Clarín (relatividad de las ideas frente a lo inefable de las hondas realidades, inautenticidad de la imitación, verdadera religión y fanatismo...)⁴; a C. Richmond le parece que «Detrás del humor de este extraño cuento fantástico, de tono filosófico, se halla una seria verdad»: (...) la de que «este gallo hablante es mucho más inteligente que los *sabios* de segunda mano con quienes se relaciona»⁵; y, en fin, según A. Ezama, el cuento es un «relato en clave» en el que «el recurso al pasado es también un medio de hablar del presente, en el que abundan intelectuales de escaso calado como Critón»⁶.

(1) Aramburo y Machado, 1909: 82. Ciertas noticias bibliográficas y, en particular, el haber podido consultar este libro son gracias que debo a la atenta generosidad del prof. J. M^a Martínez Cachero.

(2) Aramburo y Machado, 1909: 85.

(3) Reiss, 1955: 83 s.

(4) Lissorgues, 1989: 314, nota 272.

(5) Richmond, 1995: 338.

(6) Ezama, 1997: xc.

Por mi parte, no pondré en duda la «cuota de verdad», por así decirlo, que a cada una de esas opiniones corresponda. Mas no creo que ellas solas puedan aclarar del todo el sentido del relato. Yo más bien estimo que, siendo el centro del cuento la distinta interpretación que Critón y el gallo hacen de la frase final de Sócrates, la clave hay que buscarla justamente ahí, en la discusión en torno al sentido de la frase y en la caracterización que, según la posición adoptada, reciben los protagonistas.

2. La discusión y el sentido de la frase de Sócrates

La discusión gira sobre si Critón debe interpretar literalmente la frase de Sócrates, por significar una acción de gracias al dios Esculapio que le da con la muerte la salud verdadera, y, en consecuencia, es justo que muera el gallo, o si debe entenderla en un sentido irónico, prescindiendo de ese supuesto significado, lo cual conlleva la salvación del gallo.

A un lector moderno, ajeno a la Filología Clásica, le resultará inevitable y natural, en vista del desarrollo del cuento, identificarse con la postura del gallo. Sin embargo, al filólogo clásico no puede menos que sorprenderle tal identificación, en vista de que la tradición de nuestros estudios se ha decantado, mayoritariamente, por la postura de Critón, aunque no deje de reconocer una socrática ironía en ello⁷. Así, por ejemplo, A. Tovar, uno de los mejores conocedores de la figura de Sócrates, consideraba que esta ofrenda venía a ser «más una afirmación de tono pesimista que un gesto religioso exterior y de sospechosa sinceridad» (...) «Lo sorprendente es que el gallo era el sacrificio que ofrecían tantos y tantos griegos por la salud recuperada, mientras que Sócrates lo ofrece con sublime y

(7) Otra interpretación de los filólogos clásicos, muy poco aceptada, es la de que la frase responde a una deuda real contraída con anterioridad. Vid. C.J. Rowe, *Plato, Phaedo*, Cambridge, 1993, pp. 295 s. o C. García Gual, *Platón, Diálogos III*, Madrid, 1986, p. 141, n. 133.

pesimista ironía por la solución de esta dura enfermedad que es la vida»⁸.

Mas creo que «Clarín» andaba más acertado en su interpretación de la ironía socrática que la tradición de los estudios clásicos. En efecto, no parece, según opino, que el gallo fuera «el sacrificio que ofrecían tantos y tantos griegos por la salud recuperada». Tal afirmación la basaba Tovar en un pasaje del Mimo IV de Herodas en que unas mujeres acuden al templo de Asclepio o Esculapio a ofrecer un gallo al dios. Pero sucede que esas mujeres, de no muy alta condición, se lamentan porque «no sacamos de un pozo abundante ni siempre a mano; pues, si fuera así, ofrendaríamos un buey o una cerda bien atocinada y no un gallo...» (vv. 14-16). De hecho, según afirma el comentarista de Herodas W. Headlam⁹, lo normal era que los sacrificios se hicieran con animales mayores, como el buey, el cerdo, la oveja... en tanto que sólo excepcionalmente se empleaban animales menores o aves de corral, como el gallo. En particular, el animal que mayor vinculación parece tener con Asclepio, según testimonian numerosas inscripciones de Epidauro, es el cerdo.

Así pues, el gallo no tenía vinculación con el dios Asclepio en el s. III d.C., cuando escribe Herodas, pero menos aún, en consecuencia, en tiempos de Sócrates, siete siglos antes, justamente cuando se estaba aceptando en Atenas el culto de ese nuevo dios¹⁰ que no había tenido tiempo de ser tradicional. Por eso resulta discutible la afirmación de C.G. Gual de que «sí es intención platónica destacar cómo, en sus últimos momentos, el Sócrates al que se condenó por impiedad se mostraba piadoso con los dioses tradicionales»¹¹.

(8) Tovar, 1984: 392.

(9) Headlam, 1922: 179 s.

(10) Había sido traído de Epidauro tan sólo veinte años antes de la muerte de Sócrates (vid. Tovar, 1947: 392).

(11) Gual, 1986: 141, n. 133.

Por otro lado, Critón, el hombre bondadoso dispuesto a gastarse el dinero necesario para salvar a Sócrates, es precisamente la persona, entre las circunstancias, que recibe el encargo del maestro: al más rico de todos le pide que haga el sacrificio de un simple gallo, en lugar del acostumbrado animal.

Estos hechos evidencian, según opino, que la verdadera ironía de Sócrates no estaba en lo que significaba que se hiciera un sacrificio al dios de la medicina, sino más bien, al margen de o junto con ello, en que se hiciera, de esa insólita forma, a un dios nuevo, apenas recién llegado a Atenas. Era una última broma satírica de Sócrates... porque la acusación de impiedad se basaba en que él, supuestamente, fomentaba el culto a dioses nuevos en vez de a los antiguos.

No sé si «Clarín», que era un gran conocedor de la literatura y el mundo clásicos¹², pensaba o no en las razones expuestas para hacer expresar al gallo su interpretación. Lo cierto es que con ella plantea una más que razonable oposición entre la postura, por así decirlo, «oficial», la de Critón, y la del gallo; una oposición que tiene su reflejo en la respectiva caracterización de los protagonistas.

3. Caracterización de los protagonistas

En efecto, aquel personaje noble y fiel que acompaña a Sócrates los últimos días de su vida, que escucha sus últimas lecciones, que está dispuesto a comprar a quien sea para librar al filósofo de la muerte, que llora, que no se separa un instante de Sócrates desde que sabe que ha llegado el momento final y que en el lecho de muerte cierra los ojos y la boca del maestro ido, aquel personaje, Critón, sufre en la pluma de «Clarín» una transformación sorprendente.

(12) Sobre este aspecto, cf. Richmond, 1991: 18 ss., y, recientemente, Ruiz Pérez, 1997.

Ya desde su presentación, saliendo de la cárcel dispuesto a cumplir el encargo de Sócrates, nos lo muestra con un carácter muy contrario al que cabría esperar de un discípulo de tan ilustre maestro: «Para Critón —dice «Clarín»— aquella recomendación era sagrada: no quería analizar, no quería examinar si era más verosímil que Sócrates sólo hubiera querido decir un chiste, algo irónico tal vez, o si se trataba de la última voluntad del maestro, de su último deseo». Y las cavilaciones con que pretende convencerse de que, pese no ser muy coherente con las ideas y prácticas habituales de Sócrates, el encargo debía tomarlo al pie de la letra están viciadas por la determinación, que ya ha tomado, de matar un gallo. Tal actitud no era la que había aprendido de Sócrates, sino la del fanático o, como sugerirá luego el gallo, la del supersticioso.

Ese carácter contrario al esperable se va tornando poco a poco en ridiculización a medida que transcurre el relato¹³. Ya hemos dicho que Critón era un hombre rico y que esa riqueza contrastaba con la humildad del animal encargado para el sacrificio. Pero en nuestro cuento, Critón no sólo está conforme con que sea un gallo ese animal, sino que, pese a su riqueza, roba el primer gallo que le sale al paso. Sólo el «sacrilegio» del animal por subirse a una estatua de Atenea acalla su mala conciencia por el robo. Pero su fanatismo se acentúa y, a partir de ese momento, se convierte en obsesión que le impide pensar y razonar.

Por otro lado, no se sorprende de que el gallo se dirija a él hablando en «griego digno del mismo Gorgias», como también cabría esperar, por lo maravilloso del hecho, y como ocurre con otro famoso personaje, Micilo, en el *Sueño o Gallo* de Luciano, cuando tras insultar a un gallo por despertarle, éste le responde

(13) Según Kronik, 1961: 377, Critón «sigue ciegamente la errónea interpretación de las creencias de su maestro; comparado con el gallo, parece ridículo, es menos inteligente y menos razonable».

hablando como él¹⁴. Al contrario, todo lo más que hace Critón es mandarle callar invocando a su naturaleza, que, lógicamente, debería impedirle hablar.

El único atisbo de razonamiento, el único parlamento con un mínimo de sentido *humano*, por así decirlo, que acierta a pronunciar Critón es su personal interpretación de las últimas palabras de Sócrates. Pero lejos de devolver al discípulo su dignidad, sólo sirve para empequeñecerlo aún más frente al gallo, que ilumina en discurso lógico y coherente, aunque inútil a los ojos de Critón, el verdadero alcance irónico de la frase.

Y el gallo no es ajeno a esa ridiculización. Con su propia *humanidad* y sabiduría y con sus insultos a Critón, al que llama «pensador de segunda mano», «filósofo idealista, de imitación», «sombra de un muerto», «discípulo alicorto», «discípulo indigno», etc., contribuye de modo efectivo a crear esa nueva personalidad del amigo de Sócrates.

Así sucede que el gallo es la antítesis de Critón: cuanto más ridiculizado resulta éste, más idealizado queda el gallo. Se truecan los papeles: «Yo hablo, y tú cacareas la Idea», llega a decir el gallo. Y él habla como un filósofo; y no precisamente como Gorgias, al que califica de «parlanchín», sino como lo haría el mismo Sócrates¹⁵.

4. El juicio de Sócrates y el juicio del gallo

Si lo antedicho es así, como sugerimos, cabe preguntarse ahora el porqué de aquella oposición a la interpretación tradi-

(14) Al respecto, no debe olvidarse que «Clarín» era un gran conocedor de la literatura clásica, tanto latina como griega. Vid. Richmond, 1991: 18 ss.

(15) De hecho, J. Sans, 1977-78: 80 y 91, clasifica al personaje del gallo como «intelectual», en tanto que a Critón lo considera un «antiintelectual». Por otra parte, no creo que ni Critón ni el gallo puedan ser caracterizados genéricamente como tipos de personajes que representen, como sugiere Baquero Goyanes, 1953: 19 s., a «seres hipócritas» ni «carentes de corazón y de ternura», aunque sí es cierto que «a su alrededor —al de Critón— se produce la estupidez, la desdicha, el congelamiento vital».

cional de la frase de Sócrates y de esta transformación de los personajes. Primeramente, estimo que «Clarín» desarrolla con su cuento una especie de juicio del gallo en que, *servatis servandis*, se reproduce una situación semejante a la del juicio de Sócrates: un acusado y una acusación absurda, un acusador y un juez, una defensa y una condena; finalmente, una ejecución. Y para ello, es imprescindible que el bueno de Critón, que representa a la sociedad ateniense oficial, deje de ser el hombre bonachón que era y que el simple gallo, que es la encarnación del «verdadero espíritu» de Sócrates¹⁶, como apunta Richmond¹⁷, se *humanice*.

Así sucede que el gallo, como Sócrates, padece una acusación injusta: primero, de ser gallo; luego, por subirse a la estatua de Atenea, de sacrílego, como Sócrates de impiedad; pero, al igual que el trasfondo real del proceso de Sócrates probablemente fuera, no la impiedad, sino el ser filósofo sofista¹⁸, así también el gallo parlante es acusado de «sofista».

Por su parte, Critón resulta ser acusador y juez en este nuevo proceso. Su actitud es de incomprensión, de no querer saber nada. Muy distinta de la que había aprendido de su maestro cuando en el diálogo que lleva su nombre le decía (*Critón* 46 b): «Porque yo, no sólo ahora, sino siempre, soy de condición de no prestar atención a ninguna otra cosa que al razonamiento que, al reflexionar, me parece el mejor»; es la misma actitud, la de Critón, que la de los jueces en el proceso de Sócrates: de irreflexión e incomprensión.

Y las bien reflexionadas razones que expone el gallo en su defensa son tan inútiles, en vista del empecinamiento de Critón, como inútil resultó ser la apología de Sócrates: Sócrates alega que cree en los dioses antiguos como ninguno de sus acu-

(16) Quizás al igual que el de Luciano lo es del alma transmigrada del filósofo Pitágoras.

(17) Richmond, 1995: 358, n. 11.

(18) Vid. Calonge, 1981: 139 ss.

sadores (*Apolog.* 35 d); el gallo niega la literalidad de la frase final de Sócrates; en ambos casos el veredicto fue el mismo: culpable; en ambos casos la misma pena: la muerte.

A este respecto, podría parecer que la actitud del gallo es distinta de la de Sócrates en la forma de afrontar la condena¹⁹, pero no es así... o, por mejor decir, no es del todo así, si «así» consiste en creer que Sócrates se resigna a morir²⁰. Sócrates está preocupado por lo que pueda pasar en el proceso y muestra su inquietud, por ejemplo, al principio del diálogo *Eutifrón*, cuando, en alusión a la actitud de los atenienses respecto a la acusación de Meleto, dice (3e): «Pero, si lo toman en serio, ya es incierto dónde acabará todo esto...». Y su apología no está destinada, desde luego, a hacer que lo condenen, sino todo lo contrario. Otra cosa es que él sospeche cuál va a ser su final y que haya decidido afrontarlo con serenidad, sin recurrir a la súplica, que podía haberle salvado, y sin ceder a los tentadores ofrecimientos de Critón.

El gallo, a su vez, muy preocupado por las intenciones de Critón, trata de convencerle del error con su propia apología; y se defiende como puede, con sus armas de *hombre* y con sus armas de *animal*: habla, dialoga, persuade, pero antes corre, salta, huye adonde puede...; a fin de cuentas, no lo olvidemos, es un gallo. Pero, como a Sócrates, tampoco a él le sirve de nada mostrar su verdad. Y en el momento final no escapa, como podría haber hecho, sino que, aunque sea por un instante, el que media entre el golpe certero de Critón y la muerte, aún tiene tiempo de aceptar con una serenidad, como se ha señalado, de reminiscencias cristianas²¹, su terrible sino: «¡Quiquiriquí! Cúmplase el destino; hágase en mí según la voluntad de los imbéciles».

(19) Cf. Richmond, 1995: 338.

(20) Así, Richmond, 1995: 338, considera que el sacrificio del gallo «no es aceptado como lo fue el de Sócrates».

(21) Richmond, 1995: 359, n. 13.

Tales son las últimas palabras del gallo; y no están exentas, por cierto, de una amarga ironía, como la que impregna las últimas de Sócrates, pues ironía es que el gallo, que representa el espíritu de Sócrates muera precisamente a manos de uno de los discípulos que más lo querían por no entender la ironía que, a su vez, contenían sus últimas palabras.

5. El juicio de «Clarín»

Pero hay más; hay una segunda lectura, más cercana, que nace de la anterior y en la que aflora el crítico «Clarín»; una lectura que da sentido, ahora, a su oposición a la interpretación tradicional de la frase de Sócrates.

En efecto, este cuento se publicó en la prensa el año 1896 y pertenece, por tanto, a ese decenio final de siglo, y de su vida, en que, como dice J.M. Martínez Cachero «se puso más por entero él mismo en estos relatos»²²; en ellos, aunque ya ha pasado de la etapa del predominio satírico al de la ternura, aún quedan vestigios de la «atmósfera satírico crítica» de la etapa anterior. M. de Unamuno, nada más leer el cuento en la prensa, escribe a «Clarín»: «me dio insinuaciones... Y me ha parecido evocar en mí al leerlo el estado de conciencia en que usted lo escribiría, por haber pasado yo por estados muy análogos. ¡Cuántas veces he pensado en los sabios de segunda mesa, y en la voluntad de los imbéciles!»²³.

¿Cuál era ese «estado de conciencia» de «Clarín»? No es difícil deducirlo. A los problemas físicos que atravesaba ya en esa época, se unían, sobre todo, los problemas anímicos propiciados por las huestes enfurecidas y revanchistas de sus enemigos literarios; en particular, la desfavorable acogida de su obra de teatro *Teresa*, estrenada en 1895, y la espeluznante relación

(22) Martínez Cachero, 1987: 34.

(23) Vid. Alas, 1941: 68 s.

de obras en cuyos títulos se adivina ya el encono y el resentimiento que «Clarín» había levantado. Así, por ejemplo, los de Luis Bonafoux, *Tiquismiquis: Yo y el plagiario Clarín*, de 1888; Pompeyo Gener, *El caso Clarín: Monomanía maliciosa de forma impulsiva. Estudio de psiquiatría*, de 1894; Dionisio de las Heras, *El besugo Clarín*, de 1895; José de Cuéllar, *Lo palpitante. Dioses caídos (Clarín, Pardo Bazán, Galdós)*, de 1895, etc.²⁴

En esas circunstancias, su personal interpretación de la frase de Sócrates puede ser considerada como su particular respuesta a esa crítica irreflexiva, gratuita y cruel que, por esa época, lo martirizaba, representada en la interpretación tradicional que defiende el personaje de Critón en el cuento. Así, la ridiculización de Critón, que figura, como hemos dicho, a la sociedad ateniense, le sirve a «Clarín» para simbolizar satíricamente a esos críticos o «sabios de segunda mesa», como los llama Unamuno, que lo atacan; y el martirio del gallo, que con su humana sabiduría encarna el espíritu de Sócrates y que como él se defiende con su razón y su conducta irreprochable, le sirve para simbolizarse a sí mismo.

En fin, el juicio del gallo, que era en realidad otro juicio de Sócrates, es también el juicio de «Clarín». La muerte le esperaba a la vuelta de la esquina. Su obra estaba ahí y no podía cambiarla. Así que se deja llevar, como Sócrates y como el gallo, con resignación... pero no sin antes lanzar un último canto de ironía: «¡Quiquiriquí! Cúmplase el destino; hágase en mí según la voluntad de los imbéciles». A fin de cuentas, si en el juicio del gallo, el gallo era Sócrates, en el juicio de «Clarín» el gallo de Sócrates... era el propio «Clarín».

PEDRO MANUEL SUÁREZ MARTÍNEZ
Universidad de Oviedo

(24) La lista es muy extensa. Vid. el índice numérico de Torres, 1987: 190, y sus correspondientes contenidos. Sobre el estado de ánimo de «Clarín», vid., por ejemplo, Martínez Cachero, 1987: 20.

Referencias bibliográficas

- Alas, A., 1941 (ed.), *Epistolario a Clarín* (Menéndez y Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés), Madrid.
- Aramburo y Machado, A., 1909, *Literatura Crítica*, París.
- Baquero Goyanes, M., 1953, «Prólogo» a Leopoldo Alas «Clarín». *Cuentos* (Selección de J.M. Martínez Cachero), Oviedo.
- Calonge, J., 1981, «Introducción» a «Apología de Sócrates» en Platón. *Diálogos*, Madrid.
- Ezama, A. (ed.), 1997, Leopoldo Alas, «Clarín». *Cuentos*, Barcelona.
- Gual, C.G. (et alii), 1986, *Platón. Diálogos III. Fedón, Banquete, Fedro*, Madrid.
- Headlam, W.-Knox, A.D. (ed.), 1922, *Herodas. The Mimes and Fragments*, Cambridge.
- Kronik, J.W., 1961, «Censo de personajes en los cuentos de Clarín», *Archivum* 11: 323-406.
- Lissorgues, Y. (ed.), 1989, Leopoldo Alas, «Clarín». *Narraciones breves*, Barcelona.
- Martínez Cachero, J.M. (ed.), 1987, *Cuentos. Leopoldo Alas «Clarín»*, Barcelona.
- Reiss, K., 1955, «Valoración artística de las narraciones breves de Leopoldo Alas, "Clarín", desde los puntos de vista estético, técnico y temático», *Archivum* 5: 77-126 y 256-303.
- Richmond, C. (ed.), 1995, *Leopoldo Alas «Clarín». Treinta Relatos*, Madrid.
- Richmond, C., 1990, *Leopoldo Alas «Clarín». «Vario» y varia: Clarín a través de cinco cuentos suyos. Edición y estudio crítico*, Madrid.
- Rowe, C.J. (ed.), 1993, *Plato. Phaedo*, Cambridge.
- Ruiz Pérez, Ángel, 1997, «Clarín y el mundo clásico», *Estudios Clásicos* 111, pp. 61-71.
- Sans, J., 1977-78, «El personaje del intelectual en los cuentos de Leopoldo Alas, "Clarín"», *Archivum* 27-28, pp. 71-100.
- Torres, D., 1987, *Studies on Clarín: An Annotated Bibliography*, Metuchen, N.J., Londres.
- Tovar, A., 1984, *Vida de Sócrates*, Madrid (=1947).